

PQ6555  
F. 3  
1841

## OBRAS DE B. PEREZ GALDÓS

### NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

- I.—Doña Perfecta (3.<sup>a</sup> edición). 2 pesetas.
- II.—Gloria (dos tomos) (2.<sup>a</sup> edición). 2 pesetas.
- III.—Marianela (3.<sup>a</sup> edición). 2 pesetas.
- IV.—La familia de Leon Roch (tres tomos) (3.<sup>a</sup> edición). 6 pesetas.
- V.—La Desheredada (un tomo en 4.<sup>o</sup>), 8 pesetas.

### EPISODIOS NACIONALES

#### PRIMERA SÉRIE.

- I.—Trafalgar (3.<sup>a</sup> edición).
- II.—La corte de Carlos IV (3.<sup>a</sup> edición).
- III.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.<sup>a</sup> edición).
- IV.—Bailén (2.<sup>a</sup> edición).
- V.—Napoleón en Chamartín (2.<sup>a</sup> edición).
- VI.—Zaragoza (2.<sup>a</sup> edición).
- VII.—Gerona (2.<sup>a</sup> edición).
- VIII.—Cádiz (2.<sup>a</sup> edición).
- IX.—Juan Martín el Empeinado (2.<sup>a</sup> edición).
- X.—La batalla de los Arapiles (2.<sup>a</sup> edición).

#### SEGUNDA SÉRIE.

- I.—El equipaje del Rey José.
- II.—Memorias de un Corte sano de 1815.
- III.—La segunda casaca.
- IV.—El Grande Oriente.
- V.—7 de Julio.
- VI.—Los cien mil hijos de San Luis.
- VII.—El Terror de 1824.
- VIII.—Un voluntario realista.
- IX.—Los Apostólicos.
- X.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

#### PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA  
FONTANA DE ORO

(1820-1823)

Un vol. en 8.<sup>o</sup> de 400 pgs.

EL AUDAZ

HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO

(1804)

Un vol. en 4.<sup>o</sup> de 336 págs.

2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán a la Administración de La Guirnalda y Episodios Nacionales, calle del Barco, núm. 2 duplicado, Madrid.

## LA FAMILIA DE LEON ROCH

### PRIMERA PARTE

#### I

De la misma al mismo.

Ugoibea, 30 de Agosto.

“Querido Leon: No hagas caso de mi carta de ayer, que se ha cruzado con la tuya que acabo de recibir. La ira y los pícaros celos me hicieron escribir una serie de desatinos. Me avergüenzo de haber puesto en el papel tantas palabras tremebundas mezcladas con puerilidades gazmofñas... pero no me avergüenzo, me rio de mí misma y de mi estilo y te pido perdón. Si yo hubiera tenido un poco de paciencia para esperar tus explica-

ciones... otra tontería.. ¡Celos, paciencia! ¿quién ha visto esas dos cosas en una pieza? Veo que no acaban aún mis desvaríos; y es que despues de haber sido tonta, siquiera por un dia, no vuelve á dos tirones una mujer á su discrecion natural.

„Mientras recobro la mia, allá van paces y más paces y un propósito firme de no volver á ser irascible, ni suspicaz, ni cavilosa, ni inquisidora, como tú dices. Tus explicaciones me satisfacen completamente: no sé por qué veo en ellas una lealtad y una honradez que se imponen á mi razon, y no dan lugar á más dudas, y me llenan el alma ¿cómo decirlo? de un convencimiento que se parece al cariño, que es su hermano y está junto con él, abrazados los dos, en el fondo, en el fondo... no sé acabar la frase; pero ¿qué importa? Adelante. Decia que creo en tus explicaciones. Una negativa habria aumentado mis sospechas; tu confesion las disipa. Declaras que en efecto amaste... no, no es esta la palabra... que tuviste relaciones superficiales, de colegio, de chiquillos, con la de Fúcar; que la conoces desde la niñez, que jugábais juntos... Yo recuerdo que me contabas algo de esto en Madrid, cuando por primera vez nos conocimos. ¿No era esa la que te acompañaba á recoger azahares caidos debajo de los na-

ranjos, la que tenia miedo de oir el chasquido de los gusanos de seda cuando están comiendo, la que tú coronabas con florecillas de Don Diego de Noche? Sí; me has referido muchas monadas de esa tu compañera de la infancia. Ella y tú os pintábais las mejillas con moras silvestres y os poníais mitras de papel. Tú gozabas cogiendo nidos y ella no tenia mayor placer que descalzarse y meter los piés en las acequias, andando por entre los juncos y plantas de agua. Un dia, casi á la misma hora, tú te caiste de un árbol y ella fué mordida por un reptil. Era la de Fúcar, ¿no es verdad? Mira qué bien me acuerdo. Si seria yo capaz de escribir tu historia.

„La verdad, yo no habia puesto mucha atencion en estos cuentecillos de *bebés*... pero cuando ví á esa mujer, cuando me dijeron que la amabas... Hace de esto diez dias y aún se me figura que me estoy ahogando como en el momento en que me lo dijeron. Créemelo; me pareció que se acababa el mundo, que el tiempo se detenia (no lo puedo explicar) y se doblaba mostrando un ángulo horrible, un lado desconocido donde yo... otra frase sin concluir. Adelante.

„Ahora me acuerdo de otra aleluya de tu infancia, que me contaste no hace mucho. ¡Cómo se quedan presentes estas tonterias!

Cuando fuiste pollo y empezaste á estudiar esa ciencia de las piedras que no sé para qué sirve; cuando ella (y sigo creyendo que sería otra vez la de Fúcar) no metía los piés en las acequias, ni te pintaba la cara con moras, ni se ponía tus mitras de papel, jugásteis á los novios con ménos inocencia que ántes, pero... vamos, lo concedo, siempre con inocencia. Ella estaba en un colegio donde habia muchas lilas y un portero que se encargaba de traer y llevar cartitas. Asómbrate de mi memoria. Hasta me acuerdo del nombre de aquel portero: se llamaba Escoiquiz.

„Basta de historia antigua. Lo que no me dijiste nunca, lo que yo no sabia hasta hoy, cuando he leído tus explicaciones es que... (pues repito que no me hace gracia, caballero), es que hace dos años os encontrásteis otra vez allí donde florecen los naranjos, mascan los gusanillos y corren las acequias; que hubo así como un poquillo de ilusion; que desde entónces tuviste hácia ella un afecto sincero, y que ese afecto fué creciendo, creciendo, hasta... (aquí entro yo) hasta que me conociste... Muchas gracias, caballero, por la retahila de galanterías, de finezas, de protestas, de amorosas palabras que vienen en seguida. Esta lluvia de flores llena una carilla. Hay carillas que parecen caras divinas y esta me

hace llorar de alegría. Gracias, gracias. Esto es muy hermoso; y lo que dices de mí muy exagerado. Más vales tú que yo... Vives para mí. ¡Ay! Leon, lo mejor que se puede hacer con estas frases de novela es creerlas. Ábrete, corazón, y recíbelo todo. Yo soy buena católica y me he educado en el arte de creer.

„Si seré tonta que he vuelto á leer la bendita carilla!... ¡Oh! está muy bien... que un amor verdadero, elevado, profundo, borró aquel capricho no dejando rastro de él: muy bien... Que las ilusiones infantiles rara vez persisten en la edad mayor: perfectamente... Que tus sentimientos son sinceros y tus propósitos formales; sí, sí... Que la voz que llegó á mi oído haciéndome creer en el fin del mundo fué una de tantas conjeturas que lanza la frivolidad del mundo para que las recoja la malicia y haga con ellas armas terribles; eso es, eso es... Que la de Fúcar es hoy para tí tan indiferente como otra cualquiera; divino, delicioso... En fin, que yo y sola yo... que á mí y sólo á mí... ¡Oh! qué dulce es ponerse la mano en el pecho y apretarse mucho diciendo con el pensamiento: “á mí, á mí sola, á nadie más que á mí!”

„¡Qué argumento tan poderoso me ocurre en favor tuyo! La de Fúcar es inmensamente rica, yo soy casi pobre. Pero cuando se

tiene fé no se necesitan argumentos y yo tengo fé en tí... Cuantos te conocen dicen que eres un modelo de rectitud y de nobleza, un caso raro en estos tiempos. Estoy tan orgullosa como agradecida. ¡Qué bueno ha sido mi Dios para mí al depararme un bien que, al decir de las gentes, anda hoy tan escaso en el mundo!

„No quiero dejar de manifestarte, aunque esta carta no se acabe nunca, la impresion que me causó la Fúcar, dejando aparte el rencorcillo que despertó en mí. Despues de pasado el temporal, puedo juzgarla friamente y con imparcialidad, y si cuando me dijeron lo que sabes parecióme tener grandes perfecciones, ahora la veo en su verdadero tamaño. No hay que hablar del lujo escandaloso de esa mujer: es un insulto á la humanidad y á la divinidad. Papá dice que con lo que ella gasta en trapos en una semana podrian vivir holgadamente muchas familias. No carece de elegancia, pero á veces es extravagantísima y parece decir: “Señores, me pongo así para que vean todos que tengo mucho dinero.” Mamá dice que no habrá hombre alguno que se case con ese mostrador de maravillas de la industria. Los Rotchilds no abundan, y la de Fúcar causa terror á los pretendientes. Esa muchacha pródiga, volun-

tariosa, llena de caprichos y pésimamente educada, tendrá al fin por dueño á cualquier perdido. Así lo dice mamá, que conoce el mundo, y yo lo creo.

„No la encuentro ya tan graciosa como dicen y como á mí me pareció cuando me estaba muriendo de celos. Es demasiado alta para ser esbelta, demasiado flaca para airosa. El bonito color no puede negársele, pero es preciso un microscopio para encontrarle los ojos: ¡tan chicos son! Cuentan que habla con mucho gracejo: yo no lo sé porque no la he tratado ni quiero tratarla. La ví de lejos en la playa y en el balcon de la casa de baños, y me pareció de maneras desenvueltas y libres. Creo que me miró de un modo particular. Yo la miré queriendo darle á entender que me importaba poco su persona: no sé si lo hice bien.

„Estuvo aquí tres dias. Yo no salí de casa. Nunca he llorado más. Al fin se fué esa loca. El gozo que me causó dejar de verla, se nubla un poquito cuando considero que ahora está donde tú estás. He pensado ayer todo el dia en que debiera haber aquí una torre muy alta, muy alta, desde la cual se viese lo que pasa en Iturburu. Yo subiria á ella de un salto... Pero confio en tu lealtad... Y si le dices que me amas á mí sola; si ella

te conserva algun afecto y al oirlo rabia... ¡Oh! si rabia, avísamelo: quiero tener ese gusto.

„El lunes te esperamos. Papá dice que si no vienes no eres hombre de palabra. Está muy impaciente por hablar contigo de política, pues según él, aquí hay una plaga de gente ministerial que le apesta. Si al fin le hicieran senador... y francamente, temo por su razon si no consigue ese bendito escaño. Sigue con la manía de mandar sueltos á los periódicos. En los de estos dias hemos encontrado algunos, y tambien artículos. Ya sabes que mamá los conoce en que casi invariablemente empiezan diciendo *Es de lamentar...*

„Hoy entró muy orgulloso mostrándome la obra que has publicado. Él hacia elogios ardientes, y le leyó á mamá los primeros párrafos. Era cosa de risa. Ni él, ni mamá, ni yo comprendíamos una sola palabra; y sin embargo, todos encarecíamos mucho la sabiduría del libro. Figúrate lo que entenderemos nosotros del *Análisis del terreno plutónico en las islas Columbretes*, ni qué interés pueden tener para mí las capas *cuaternarias*, los terrenos *pirogenos*, *azóicos*... Hasta el escribir estas palabrotas me cuesta trabajo y tengo que ir trazando letra por letra. Sin em-

bargo, basta que hayas hecho tú esta monserga de sabidurías oscuras para que me cautive. He pasado algunos ratos leyendo tus páginas, como si leyera el griego, y... no lo crearás, pero es cierto que sin saber la causa, yo leía, y leía, llevada de un no sé qué de admiracion y respeto hácia tí. Entre tantos nombres endiablados he encontrado algunos preciosísimos y que han despertado en mí simpatías, tales como *sienita*, *pegmatita*, *variolita*, *anfíbolita*. Todas estas niñitas me parecen nombres de hadas ó geniecillos que han jugado alrededor de tu cabeza cuando estudiabas la obra de Dios en las honduras de la tierra.

„Pero sin quererlo me estoy volviendo poetisa, y esto es inaguantable, señor mio. ¡Y esta pícara carta que no quiere dejarse acabar!... Mamá me está llamando para ir á paseo. Está muy aburrida. Dice que este es un lugar de baños eminentemente *cursi*, y que antes se quedará en Madrid que volver á él. Ni casino, ni sociedad, ni expediciones, ni tiendas de chucherías, ni gente de cierta clase. La verdad es que no hay dos Biarritz en el mundo.

„Leopoldo tambien está aburridísimo. Dice que este es un pueblo salvaje y que no comprende cómo hay persona decente que venga

á bañarse entre cafres. Así llama á los pobres castellanos que inundan estas playas. Gustavo ha pasado á Francia para visitar al santo y angelical Luis Gonzaga, que está algo delicado. ¡Pobre hermanito mio! Hace dias nos visitó de parte suya un clérigo italiano, un tal Paoletti, hombre amabilísimo, muy instruido y que cautiva con su conversacion... Pero quiero darte cuenta de todo y no puede ser. El papel se acaba y mamá me llama otra vez. Adios, adios, adios. Que no faltes el lunes... Hablaremos de aquello, ¿sabes? de aquello. Anoche, cuando rezaba, le pedí á Dios por tí... No pongas esa cara de pillo. Hay en tu alma un rinconcejo oscuro que no me gusta. No digo más por no parecer doctora de la Iglesia, por no anticipar una empresa gloriosa que tendrá su... quédese tambien esta frase sin concluir. Abur, perdido... Memorias á las *sienitas*, *pegmatitas*, y *anfíbolitas*, únicas señoritas de quienes no tiene celos la que te quiere de todo corazon, la que tiene la bobería de creer todo lo que le dices, la que te espera el lunes... cuidado con faltar. Hasta el lunes. Si no, verás quién es tu

MARÍA.,

## II

### Herpetismo.

El que leyó esta carta paseaba, mientras leía, por una alameda de altísimos árboles. En uno de los extremos de ella habia una construccion baja, de cuyo pórtico con pretensiones greco-romanas, salian tibios vapores sulfurosos harto desagradables, y en el otro uno de esos edificios falansterianos á que concurren los españoles durante el estío para reproducir en el campo la vida estrecha, incómoda y enfermiza de las poblaciones. Escabrosas montañas, de yerba y musgo vestidas, daban con el pié al establecimiento, como para arrojarlo al rio, y éste, que intentaba disimular su pequeñez haciendo ruido (á semejanza de muchos hombres que son Manzanares de cuerpo y Niágaras de voz), se encrespaba junto al muro de sostenimiento, jurando y perjurando que se llevaria falansterio, alameda, cantina, médico, fondista y veraneantes.

Éstos cojeaban tosiendo en la alamada, ó formaban desiguales grupos bajo los árboles y en los bancos de césped. Oíanse monografías de todos los males imaginables; cálculos sobre digestiones hechas ó por hacer; diagnósticos ramplones; recuentos de insomnios, de acedías y de hipos; inventarios de palpitaciones cardíacas; disertaciones varias sobre las travesuras del gran simpático; sutiles hipótesis sobre los misterios del sistema nervioso iguales á los de Isis en lo impenetrables; observaciones erigidas en aforismos por un pecho optimista; vaticinios de aprensivo que cuenta por sus toses los pasos de la muerte; esperanzas de crédulo que supone en las aguas la milagrosa virtud de resucitar difuntos; sofocados ayes del atacado de gastralgia; soliloquios del desesperado y risas del restablecido.

El que no ha vivido siquiera tres días en medio de este mundo anémico y escrofuloso, compuesto de enfermos que parecen sanos, sanos que se creen enfermos, individuos que se pudren á ojos vistos, carcomidos por el vicio, y aprensivos que se sublevarían contra Dios si decretara la salud universal, no comprenderá el fastidio é insulsez de esta vida falansteriana, tan ardientemente adoptada por nuestra sociedad despues que hay ferro-

carriles, y en la cual rara vez se encuentran los encantos y el plácido sosiego del campo.

Sin embargo, no faltan atractivos en la sociedad herpética. La renovacion constante de tipos; las bellezas que entran cada dia, acompañadas de más mundos que un sistema planetario; el lujo, las tertulias, la delicada ambrosía de la murmuracion, servida á cada instante y pasada de boca en boca sin saciar jamás á ninguna ni agotarse con el diario consumo; los improvisados ó redivivos noviazgos, los rozamientos morales, ora ásperos, ora de dulce suavidad; los mil cabos que se atan ó se desatan, el bailoteo, las expediciones para ver alguna gruta, panorama ó golpe de ruinas, que ya se vieron el año pasado, y que se han de gozar uniendo la voz al coro de la admiracion colectiva; los juegos inocentes ó venialmente criminales, las bromas, los complots, las galanas intrigas con que algunos se atreven á romper la monotonía de la felicidad colectiva, de aquel esparcimiento colectivo, de aquella higiene colectiva, de aquella vida eminentemente colectiva, que tiene en medio de sus esplendores un no sé qué reglamentario y lúgubre á estilo de hospital, dan atractivos á estos sitios, al ménos para ciertos caractéres, que son los que más abundan. Por eso van allí todos los

españoles unos con su dinero, otros con el ageno, y así desde que apunta Julio, son puestos en prensa el administrador ó el prestamista para que alleguen los caudales que reclama aquel importante fin de la vida moderna. Parece que hay cierto afán de embriagarse con aguas de azúfre, y para cantar esta sed elegante se hecha de ménos un Anacreonte hidropático.

El que leía la carta era un jóven vestido de riguroso luto. Leídos y guardados los tres pliegos, quiso seguir paseando, mas le fué preciso atender á los saludos de sus compañeros de fonda. Era la hora en que la mayor parte de los bañistas bajaban á beber el agua y á pasearla. Veíanse caras desconsoladas y escuálidas, unas de viejos verdes y otras de jóvenes achacosos; sonrisas mústias que se confundían con las contracciones del dolor; y no se oía más que un preguntar y responder constante sobre las distintas formas y maneras de estar malo.

La chismografía patológica es insoportable, y así debió comprenderlo el de la carta, que afortunadamente estaba bien con Esculapio, porque tomó el camino de la fonda para salir del establecimiento; pero fué detenido por un grupo compuesto de tres personas, dos de las cuales eran de edad madura, de as-

pecto grave y hasta cierto punto magestuoso.

—Buenos días, Leon,—dijo el más jóven de los tres en tono de confianza íntima.—Ya te ví desde mi ventana leyendo los tres pliegos de costumbre.

—Hola, amigo Roch, usted siempre tan madrugador,—indicó el más viejo, que era también el más feo de los tres.

—Leoncillo, buena pieza... alma de cántaro, ¿no paseas hoy con nosotros?—dijo el de aspecto más imponente, que ocupaba entonces, como siempre, el centro del grupo, de tal modo que los otros dos parecían ir á su lado con un fin puramente decorativo para hacer resaltar más su importancia física y social.

El jóven vestido de negro se excusó como pudo.

—Bajaré dentro de una hora,—dijo evadiéndose con ligereza.—Hasta luégo.

El grupo avanzó por la alamada adelante. ¿Será preciso describir esta trinidad ilustre, la cual es, si se nos permite decirlo así, una constelación que se vé en España á todas horas á pesar de ser muy turbio el cielo de nuestro país?

Aquí el lector, lo mismo que el autor, dirá forzosamente: *Son ellos; dejémosles que pasen.* Pero esta constelación no pasa ni declina jamás; no baja nunca hácia el hori-



zonte, ni es oscurecida por el sol, ni se nubla, ni se eclipsa. Siempre está en alto. ¡Ay! siempre resplandece con inextinguible claridad pavorosa en el zénit de la vida nacional.

¿Quién no conoce al marqués de Fúcar, de quien ha dicho la adulacion que es uno de los pocos oasis de riqueza situados en medio del árido desierto de la general miseria? Así como ocupa el primer lugar en la constelacion citada, también es el *alpha* de la sociedad española.

¿Quién no conoce á D. Joaquin Onésimo, ese fanal luminoso de la administracion, que está encendido en todas las situaciones, iluminando con sus rayos á un pléyade de Onésimos que en diversos puestos del Estado consumen medio presupuesto? Alguien dijo que los Onésimos no eran una familia, sino una epidemia; pero no puede dudarse ¡cielos! que si esa luminaria se apagase, quedarían á oscuras los ámbitos de la buena administracion y reducidos á revuelto caos el orden, las instituciones y la sociedad toda.

El tercer ángulo de este triángulo, lo formaba un acicalado y muy bien parecido jóven, en cuyo semblante, pálido y linfático, parecían extinguidas prematuramente la frescura y la energía propias de sus treinta y dos años. Eran sus maneras perezosas y su as-

pecto de fatiga y agotamiento, como es común en los que han derrochado la riqueza moral en la mala política, la intelectual en el periodismo de pandilla, y la física en el vicio. Este tipo esencialmente español y matritense, nocturno, calenturiento, extenuado, personificacion de esa fiebre nacional que se manifiesta devorante y abrasadora en las redacciones trasnochantes, en los casinos que sólo apagan sus luces al salir el sol, en las tertulias crepusculares y en los mentideros que perpétuamente funcionan en pasillos de teatro, rincones de café y despachos de ministerios, parecia muy fuera de su lugar propio en aquel ambiente puro y luminoso, á la sombra de gigantescos árboles. Se podría creer que le causaba molestia hallarse lejos de sus antros de corrupcion y malevolencia, y que para las esplendentes gracias de la Naturaleza no habia en su corazon un latido, ni una mirada en sus turbios ojos sin viveza, de párpados turgentes, embolsados y rojos por el hábito del insomnio.

Federico Cimarra, que era el jóven, don Joaquin Onésimo (á quien se creía próximo á llamarse marqués de Onésimo) y D. Pedro Fúcar, marqués de Casa-Fúcar, luégo que midieron dos ó tres veces la alameda, se sentaron.